

sobre la tierra, es decir, el día de su Ascensión<sup>1</sup>. Pero su relato no añadiría un punto á la certidumbre que tenemos de la victoria del Hombre-Dios sobre la muerte, y nuestra tarea concluye aquí con gozo, gratitud y amor: gozo por su triunfo, gratitud por la redención, amor por la bondad inefable que nos ha abierto, á costa de su sangre, las puertas de la bienaventuranza eterna. No nos separaremos de él sin rendirle como corresponde el homenaje de nuestra fe, diciéndole con Job<sup>2</sup>: «Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día yo también resucitaré de la tierra.... Con esta carne mía veré á mi Dios; yo le veré, no otro, por mis propios ojos. Esta esperanza hay en lo íntimo de mi corazón.»

<sup>1</sup> MARC., XVI, 14-20.—LUC., XXIV, 50-52.

<sup>2</sup> JOB., XIX, 25 27: «Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum.... et in carne mea videbo Deum meum. Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspicienti sunt, et non alius. Reposita est hæc spes mea in sinu meo.»



## EPÍLOGO

Oblatus est quia ipse voluit.  
ISAÍ., LIII, 7.

En la historia de la Pasión lo que desde luego llama la atención del lector, es la espontaneidad con que Jesús soportó todas las humillaciones y dolores. Acepta con tranquilidad y aun con ansia los sufrimientos que reparan nuestras culpas. Mas esta espontaneidad no es sólo resignación, por perfectísima que se la reconozca; el resignarse consiste en sufrir con constancia ó con gozo las penas que una voluntad extraña impone, y lo sublime de esta obediencia no le quita nada al carácter de sumisión que es inseparable de ella.

Pero aquí hay más.

En el jardín de los Olivos Jesús se somete como hombre á la voluntad de su Padre; pero fácilmente se comprende que esa voluntad y la suya, desde otro punto de vista, son idénticas<sup>1</sup>, y que la resignación entra también

<sup>1</sup> JOANN., IV, 34; V, 30; VI, 38, etc.

en el plan trazado de antiguo <sup>1</sup>. Lo mismo hay que decir acerca del lamento desolado de la última hora: «¡Dios mío!, ¿por qué me habéis desamparado?» Este desfallecimiento es la preparación voluntaria de esta serena afirmación: «Todo está consumado».

Con efecto, desde larga fecha había predicho las angustias y sufrimientos de su último día: muchas veces abrió á sus discípulos los horizontes en cuyas sombras se ocultaba la sangre y el llanto con un lenguaje que no deja duda alguna de la precisión con que lo sabía todo. También desde larga fecha manifestó el ardiente deseo de beber el amargo cáliz, y la noche misma del Jueves Santo, en el Cenáculo y en Gethsemani, había manifestado claramente que la traición no le cogería de sorpresa.

Conociendo, aceptando, deseando la prueba, sería admirable como profeta y como mártir; pero no sería aún todo lo que es, según el lector ha podido fácilmente comprenderlo. La humanidad se eleva rara vez á esas alturas; mas por muy alta que se haya puesto, Jesús la domina, la deja tan atrás, que se siente uno tentado á preguntar si Jesús le pertenece, y sin embargo la eleva en su persona hasta aproximarla á la divinidad, y se echa de ver que la humanidad se une á la divinidad y participa de su dominio sobre los seres y los tiempos.

Jesús quiere su Pasión; la quiere en la hora determinada por él, en la progresión y medida que le convienen, y con la consumación de que él es árbitro único <sup>2</sup>. Mucho tiempo antes del día revelado á los Apóstoles, declaró que *nadie le puede quitar la vida, que él la da por su propia voluntad, y que la volverá á tomar cuando le plazca* <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> JOANN., XVIII, 4, 11, etc.

<sup>2</sup> Tocante á este punto, véase el excelente capítulo XXIV del tomo II de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por el P. Ligny.

<sup>3</sup> JOANN., X, 17-18: «Ego pono animam meam, ut iterum sumam eam.

Después de haberse entregado á los Judíos, ordena que se respete á los suyos, y es obedecido <sup>1</sup>. Al Procurador le dice con la mayor tranquilidad que *no podría nada contra él, si no se le hubieran permitido de lo alto*, es decir él mismo, *el Rey cuyo reino no es de este mundo* <sup>2</sup>. En sus manos, Anás y Caíphás, Herodes y Pilatos, los Fariseos y los Escribas, las turbas y los verdugos son como instrumentos que él mueve con un resorte <sup>3</sup>. Los amigos que se desbandan y los enemigos que triunfan, desempeñan por igual el papel que él les tenía trazado: las bofetadas que hieren su rostro, los azotes que descarnan sus costillas, los clavos que le taladran las manos, la hiel y vinagre con que le mortifican el paladar, la cruz en que expira, la lanza que traspasa su corazón, vienen, con el orden profetizado <sup>4</sup>, á formar el círculo de espinas con que corona su cabeza, caida cuando el *consummatum est*, y erguida de nuevo hacia el cielo en el dulce y valeroso llamamiento á Aquel *cuyas manos deben recoger su alma*.

He ahí lo que al punto se ve, y cada vez más claramente, á medida que se adelanta en la lectura del relato evangélico. El centurión espera el temblor de tierra para confesar la divinidad del que hiende la roca debajo de sus pies. ¿No la había adivinado ya antes, y no procuraba despejarla de los velos que se la encubrían, cuando estaba de pie frente á frente del Crucificado <sup>5</sup>, atentos los oídos á las palabras que pronunciaba el moribundo, fijos en él

Nemo tollit eam a me, sed ego pono eam a me ipso, et potestatem habeo iterum sumendi eam. Hoc mandatum accepi a Patre meo.

<sup>1</sup> JOANN., XVIII, 8: «Sinite hos abire.»

<sup>2</sup> Id., XIX, 11.—Cf. XVIII, 36.

<sup>3</sup> S. LEO: *Serm. VIII de Passione*.—S. AUG.: *Tract. XXXI in Joann.*—S. ATHANAS.: *de Passione et cruce Domini*.—Cf. DE LIGNY, *loc. cit.*

<sup>4</sup> PSALM., XXI, 18; XXVII, 18; LXVIII, 22; CXXVIII, 3.—ISAÍ., L, 6.—ZACHAR., XII, 10, etc.

<sup>5</sup> MARC., XV, 39: «Centurio, qui ex adverso stabat.»

los ojos para leer lo secreto de sus pensamientos? Pues nada le había preparado para recibir la revelación que le iluminaba: nada sabía él de profetas, ni había sido discípulo del hombre que le tenía reservado el honor de hacerle la vela en su agonía. Únicamente la rectitud de su alma le valió la gracia de reconocer y confesar al Maestro; y pronto le valió también la de elevarse hasta los altares del martirio <sup>1</sup>.

Parece que debieran haberle precedido los Judíos en la humilde confesión de su error y en afirmar la divinidad de Jesús: pero su apasionamiento no les permitía ver más que una ofensa mortal en las palabras que ellos mismos provocaron: «Yo soy Cristo, Hijo de Dios vivo, y desde ahora vuelvo á ocupar á su derecha el lugar que me pertenece» <sup>2</sup>. Ni tampoco le habían entendido mejor cuando les decía en el momento de prenderle: «Esta es vuestra hora, la hora del poder permitido á las tinieblas» <sup>3</sup>. Ni cuando añadió: «Todo esto sucede en cumplimiento de las profecías» <sup>4</sup>. Ni aun cuando al curarle la oreja á Malco decía á Pedro y á Simón: «Dejadles hacer todo esto» <sup>5</sup>.

El Señor de los hombres y de los sucesos hablaba claramente; pero era la *hora de las tinieblas*, en que *la luz alumbraba en vano*, porque es impotente contra las tinieblas voluntarias <sup>6</sup>. El cielo obscurecido al mediodía, la roca hendida, el velo del templo rasgado, los sepulcros abier-

<sup>1</sup> Según la tradición griega.

<sup>2</sup> LUC., XXII, 69: «Ex hoc autem erit Filius hominis sedens a dextris virtutis Dei.»

<sup>3</sup> Id., XXII, 53: «Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum.»

<sup>4</sup> MATTH., XXVI, 56: «Hoc autem totum factum est ut adimplerentur scripturæ Prophetarum.»

<sup>5</sup> LUC., XXII, 51: «Sinite usque huc.»

<sup>6</sup> JOANN., I, 5: «Lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt.»

tos, no llegaban á enseñarles nada, y la Resurrección les irritó el orgullo, imponiéndoles una humillación suprema. El poder de Dios no se ejercita comunmente venciendo tales resistencias, aunque las puede vencer; por respeto á la libertad humana, no suele, de ordinario, someterla á su suave yugo de otra manera que con iluminaciones, llamamientos é impulsos. Esta luz había visto brillar Jerusalén; esos llamamientos se le habían hecho, esos impulsos había sentido; pero *Jerusalén no quiso misericordia*, y se entregaba ciega á los golpes de la justicia <sup>1</sup>.

Así, el Redentor no quería para sí la compasión de las hijas de Israel, advirtiéndoles que lloraran por sí mismas y por sus hijos. *El tallo verde de Jessé* <sup>2</sup> desafiaba á la violencia del huracán desencadenado por los hombres; pero, ¿qué resistencia ofrecería el palo seco al viento de la cólera divina y á la llama encendida por su soplo? <sup>3</sup>.

La obstinación de los Judíos había sido prevista, predicha y recordada hasta el último momento por Aquél que obstinadamente rechazaban <sup>4</sup>. Esa obstinación es, pues, por su influencia en los sucesos, una prueba tanto más persuasiva, cuanto las voluntades hacían lo posible por resistirle, y, á pesar de todo, concurrían á la obra de la redención. Él las hace instrumentos suyos cuando ellas se figuran ser señoras de sí mismas, y, cuando ha concluido su obra, las desecha con formidable desdén <sup>5</sup>. Á los dos días de su Resurrección, parece como que no las echa de ver: se aparece en Judea y en Galilea, en

<sup>1</sup> MATTH., XXIII, 37: Jerusalem... quoties volui congregare filios tuos... et nolulistis.

<sup>2</sup> ISAI., XI, 1: «Virga de radice Jesse.»

<sup>3</sup> PSALM. XVII, 9;—LXXXIV, 14;—LXXXVIII, 47.

<sup>4</sup> ISAI., VI, 9;—MATTH., XIII, 15;—MARC., VII, 6;—LUC., XXI, 12;—JOANN., XV, 18, etc.

<sup>5</sup> PSALM. CI., 28;—ISAI., LI, 6 8, etc.

Jerusalén y en Tiberíades, en el secreto del cenáculo, y al aire libre de las playas y los montes, sin mirarlos una vez ni dedicarles un pensamiento: ya no le sirven, y *la memoria de ellos se ha desvanecido* <sup>1</sup>.

Más afortunados que los hijos de Jacob, hemos recibido de las generaciones bautizadas que nos han precedido, de la educación cristiana que nos ha formado, y del propio trabajo de nuestra razón ayudada de la fe, la revelación del plan decretado y seguido por el Hijo del Hombre. De una expiación involuntaria no podía resultar la redención, y cuanto más consciente y voluntaria es la víctima, más valioso es el precio de su sacrificio. Pero aunque otra cosa parezca á primera vista, la oblación de una víctima puramente humana no habría bastado para la redención de la humanidad <sup>2</sup>. El hombre que puede llegar hasta Dios por la injuria, no puede cuando se trata de la reparación. La más despreciable de las humanas debilidades basta para causar grandes ruinas; pero el remediarlas está reservado para las más altas energías, y la culpa del hombre no podía expiarse sino por los sufrimientos de un Hombre que fuera también un Dios.

Pues entonces ninguna otra voluntad que la del Redentor podía fijarle la hora, la forma, la duración de las expiaciones que su misericordia tenía á bien aceptar. A él solo, como Verbo eterno le correspondía regularlo todo á su arbitrio, hasta en los menores detalles; porque la más ligera ingerencia de una voluntad extraña hubiese sido una inconveniencia ó más bien, un imposible. Si tenía á bien sufrir la acción de un poder que no fuera el suyo,

<sup>1</sup> PSALM. IX, 7: «Perit memoria eorum.»

<sup>2</sup> S. ATHANAS., *loc. cit.*: «Humanum genus non satis erat idoneum ad resistendum morti: neque poterat penam pro peccatis dissolvere. Superabat enim omnem penam malitiae magnitudo.»

esto había de ser en conformidad á las condiciones de su vida mortal. En realidad, él había elegido, él dirigía, él desechaba los instrumentos de que necesitaba para sufrir; puesto que debía soportar el peso del sufrimiento como hombre verdaderamente semejante á los demás hombres <sup>1</sup>. Aparte de esta necesidad que él se imponía libremente, ninguna otra podía pesar sobre él, y tocaba á su honra dejarlo bien sentado: que es lo que hizo por boca de los profetas antes de hacerlo por sí mismo.

«*Oblatus est quia ipse voluit*» <sup>2</sup>. Víctima como hombre, se sacrificó á sí mismo como hombre y como Dios. He ahí todo el secreto de la Pasión, ó por mejor decir, de la vida de Jesucristo, del cual no se puede llegar á saber nada si no se le contempla elevado en la cruz, según el pensamiento del Apóstol <sup>3</sup>. ¡Feliz quien penetre este secreto, no sólo con la inteligencia sino principalmente con el corazón. En el Crucificado del Calvario reconoce y adora á su Dios, esto es, á su Criador, su maestro, su juez y mucho más aún, si posible es, su hermano, su amigo, su redentor; la víctima, sí, pero á la vez el rescate de sus culpas; el Hijo eterno del Padre, hecho el hijo de María para llevar en nuestra humanidad *el peso de nuestras miserias* <sup>4</sup> y para decirnos mostrándonos su corazón herido por nuestro amor: «Venid á mí todos los que sufrís y estais agobiados, que yo os devolveré el vigor y la alegría» <sup>5</sup>.

Sin duda ninguna, quiere que nosotros unamos nuestra

<sup>1</sup> S. AUGUST., *Super Psalm. LXIII, 7.*

<sup>2</sup> ISAI., LIII, 7: Se ofreció en sacrificio porque quiso.

<sup>3</sup> I COR., II, 2: «Non enim iudicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.»

<sup>4</sup> ISAI., LIII, 4: «Languores nostros ipse tulit.»

<sup>5</sup> MATH., XI, 28: «Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.»

voluntad á la que le hizo someterse al sufrimiento : no nos salva sin nuestra cooperación, y nuestra redención ha de ser en parte obra nuestra, mediante su Pasión y su gracia. De su cáliz nos da á beber algunas gotas, y nos pide que repitamos con él el *fiat voluntas tua* de Gethsemani. Para el día en que delante de los ángeles pronunciará el decreto que ha de fijar nuestro destino eterno, quiere, al abrirnos la puerta del cielo, enseñar la cruz sobre la cual lo hayamos merecido, y desea decir de nosotros lo que nosotros decimos de él : « *Oblatus est quia ipse voluit*. ¿No es cada cristiano otro Cristo, *Christianus alter Christus*, y no es conveniente que nosotros sigamos las huellas de nuestro hermano mayor<sup>1</sup>, en el camino del sufrimiento para entrar con él en la gloria?<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> COL., I, 13: «Primogenitus omnis creatura.»

<sup>2</sup> LUC., XXIV, 26: «Nonne hæc oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam?»



## APÉNDICES

### Apéndice A

#### LA GRUTA DE LA AGONÍA<sup>1</sup>

Hace algún tiempo que sopla en los Santos Lugares fuerte vendaval de crítica, amenazando llevarse la tradición relativa á la Gruta de la Agonía, y nos parece conveniente recordar los derechos que tiene esta tradición á que la respeten los peregrinos de Palestina.

Es menester, ante todo, precisar el lugar santo de Gethsemani *της ἀγίας Γεθσημανής*<sup>2</sup>, es decir, del sitio que fué testigo de la agonía y prisión de Nuestro Señor Jesucristo.

Según Eusebio<sup>3</sup> y San Jerónimo, estaba situado en la parte baja del monte de las Olivas; *ad radices montis Oliveti*<sup>4</sup>, y se

<sup>1</sup> Consultese el plano de Jerusalén, el grabado que encabeza el libro III y el IV el plano y la vista de la gruta que van en este apéndice.

<sup>2</sup> Según la expresión de la *Crónica* de Teóphanes citada por M. de Saxe ( *Dictionnaire des antiquités bibliques* ), Teóphanes vivió del 751 al 818. Combeis publicó sus obras en 1635.

<sup>3</sup> EUSEBIO: *Topikon*. (Eusebio vivió desde 267 á 338).

<sup>4</sup> *De locis hebraicis*. (San Jerónimo vivió del 381 al 420).—Véase BEDA: *in Marc.*, cap. XIV. (Murió en 735.)